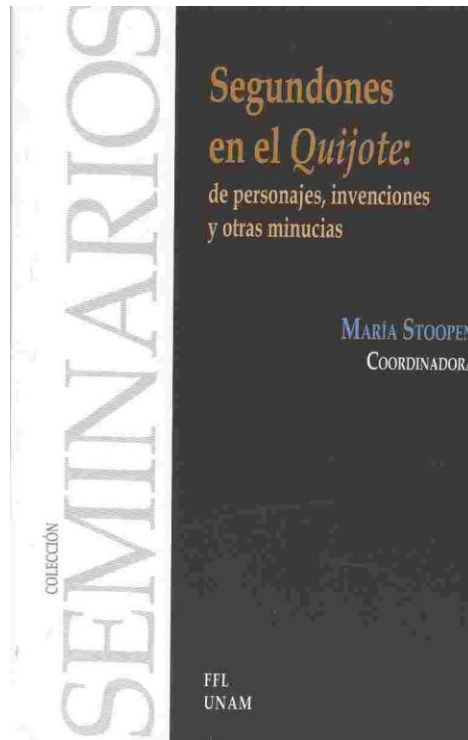


María Stoopan coord. *Segundones en el Quijote: de personajes, invenciones y otras minucias*. México: FEL, UNAM, 2013. ISBN: 978-607-02-4307-3. 141 pgs.

Reviewed by: Antonio Cortijo Ocaña
University of California



Tenemos ante nosotros un libro que contiene ocho colaboraciones dedicadas a explorar personajes secundarios e incidentales en el *Quijote* que alternan con el hidalgo y Sancho Panza en sus andanzas, o aquellos otros que participan en historias ajenas a las suyas. El interés principal al hacerlo reside en “la extraordinaria articulación que [...] guardan estos supuestos caracteres y motivos secundarios” (8), hasta el punto de poder preguntarnos si efectivamente hay segundones en la novela.

Jorge Chen Sham se centra en los disfraces y máscaras de maese Nicolás, el barbero (escudero, pitonisa), y su suplantación por Dorotea, todo ello en un esfuerzo por hacer que don Quijote regrese a casa. El barbero parece ser quien disfraza la realidad en I, XXVI-XXIX y I, XLVI, y adopta una visión fantástica y extraordinaria, produciendo “una realidad de vida que se difracta para quien atravesase el mundo de la ficción” (27).

María José Rodilla León analiza en su ensayo cinco figuras femeninas: Maritornes y Dulcinea (figuras en estado de ruptura interior), Altisidora (contrafigura de la contención y el recato), Doña Rodríguez (reencarnación de las falsas apariencias) y Teresa Panza (“caligrafía barroca de la curva y la gordura, pero sin ánimo voluptuoso,” 39). Todas ellas tienen en común las notas barrocas de la confusión, la apariencia y el engaño, y se presentan mediante las figuras retóricas de la paradoja y el oxímoron.

Maria Augusta da Costa Vieira analiza varios diálogos entre don Quijote y otros personajes (don Lorenzo de Miranda, II, XVII; los dos estudiantes de II, XIX; el caballero y el primo de II, XXXII). La autora busca analizar la organización retórica presente en estas conversaciones, así como el hilo de encadenamiento narrativo en estos diálogos *secundarios*: la fábula de Píramo y Tisbe y el diálogo de estudiantes jóvenes con el caballero viejo. Estos diálogos, además, cumplen con una función poética “inclinada hacia el carácter placentero de las narraciones no civiles, previsto en las retóricas clásicas” (54).

Maria Fernanda de Abreu analiza algunos de los destierros representados en la novela (judíos, moriscos, galeotes, renegados y cautivos). Ello lleva a la autora a explicar en qué medida el destierro determina el comportamiento de varios personajes, cómo se representan a través de ellos circunstancias políticas, sociales, culturales y religiosas involucradas en dichos destierros y en qué manera “esa representación se inserta en la tipología que Claudio Guillén establece para la escritura del exilio en torno a los parámetros ovidiano y plutarquiano” (11), para acabar estudiando en qué medida el carácter de *desterrados* se puede aplicar a don Quijote y Sancho.

Nathalie Peyrebonne analiza un motivo recurrente en la obra cervantina: la comida y la onomástica alimenticia, a través de la cual se define la identidad de los seres que pueblan el mundo ficcional de Cervantes. La realidad del *Quijote* toma apariencia de un retrato de Arcimboldo y Cervantes disfraza su propio discurso sin que el lector pueda descartar ninguna de sus proposiciones: “Y así, pescados, plantas o bebidas pueden transformarse en valiosos segundones” (75).

María Stooppen se interesa por cómo la imaginación de don Quijote se puebla de todo tipo de personajes caballerescos provenientes de los libros que ha leído (caballeros, damas, gigantes, sabios encantadores), convirtiendo a menudo objetos inertes en seres animados y aplicando a los animales procedimientos antropomórficos. Un análisis detenido de la Segunda parte concluye que en ella los personajes que conocen al caballero le hacen creer que objetos y animales han cobrado vida o poseen alguna facultad humana. Por último, la autora se interesa por la *pluma* de Cide Hamete, con la que escribe la historia, y el modo como cobra vida al final a través de una sinécdoque y una prosopopeya.

José Ángel Ascunce analiza la figura enigmática del vizcaíno don Sancho de Azpeitia y su representación en un episodio caracterizado por la alucinación, humor e ironía, así como por numerosas complejidades de tipo temático y estructural con las que Cervantes juega con el lector haciendo que preste más atención a la aventura del vizcaíno y menos a la del cartapacio. “El autor [...] ha sido capaz de desmitificar y criticar agriamente ciertos comportamientos sociales que los debía valorar como negativos y contraproducentes” (114), sin que el lector popular o especializado hayan caído en la cuenta de la profundidad de la crítica.

Por último, Nieves Rodríguez Valle analiza la obra como una historia en que los narradores son a la vez historiadores e investigadores que actúan y teorizan como tales; y estudia los soportes casi *efímeros* sobre los que se comunican los datos de una historia (piedras, pergaminos, papeles, telas, escudos, cortezas, arenas) que aspira a quedar grabada permanentemente en mármoles y bronce.

La pluralidad de episodios y personajes considerados en estos estudios nos deben llevar a reconsiderar su carácter de *secundarios*, insistiendo en las notas de la complejidad narrativa de los entramados contruidos por el autor, así como en la riqueza de su universo ficcional (“la

inmensa variedad de personajes secundarios e incidentales que alternan con don Quijote y Sancho Panza en sus andanzas [...] y también la función que cumplen en las aventuras,” 7). Como señala Stoopen en sus notas introductorias, “los temas aquí atendidos instauran conjuntos trabados que, al aparecer, obedecen a propuestas estéticas o a estrategias narrativas determinadas” (8). Quede, pues, constancia de la originalidad del conjunto de los planteamientos, que pone atención en temas, personajes y episodios desatendidos por la crítica o a los que se había prestado quizá un interés *secundario*.